

Lo Nuestro es otra Historia de Amor

Pedro Hugo García Peláez

1ª edición

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

© Pedro Hugo García Peláez, 2022

A Luz la conocí en el jardín de infancia, ella era un poco más pequeña y sólo me acuerdo de que una vez nos paramos a ver los peces que había en un pequeño estanque al lado de una fuente de piedra.

Según iba creciendo iba a la finca de sus padres que tenía la entrada flanqueada por una fila de cipreses, como una premonición de que algo iba a pasar, a la vez que eran una muestra del poderío de las familias pudientes de aquellos años setenta y todavía me acuerdo de un estanque con una isla en el centro donde también había peces, yo por aquel entonces tenía una obsesión de domarlos con mi vista.

El tiempo pasó y yo me cansé de ir a la finca de sus padres que estaba a un trecho de la ciudad y a mí me mareaba el coche por aquellas estrechas carreteras zigzagueantes, por aquel entonces yo ya había empezado el colegio regular y dos años después de eso apareció Moyna, yo no la conocía pero era mi vecina escolarmente hablando, ya que estaba en el colegio de al lado.

El padre de Luz murió, tuvo muy mala suerte, ya que era un hombre que lo tenía todo en la vida y su madre se cambió de barrio y ya no la volví a ver tan asiduamente, pero venía de vez en cuando por mi casa y le contaba como era su vida ahora a mi madre mientras yo escuchaba todo con atención.

Los colegios de pago donde íbamos los tres eran un gallinero donde éramos cuarenta alumnos o incluso más por clase, la inmensa mayoría éramos un grupo homogéneo de clase media-alta donde luchábamos como gallos de pelea por destacar y triunfar.

Desde nuestra más corta edad hablábamos a gritos por los pasillos y nos callábamos apresuradamente cuando pasaba un profesor, como si esa falta de respeto pudiera acabar en un castigo y aquello derivar en una expulsión, donde se acabarían nuestros sueños de triunfo por lo menos momentáneamente y donde es más, se enterarían nuestros padres, que durante aquella época eran una figura autoritaria a la que no se podía

contradecir, ya que te podía caer una bofetada por una frase maldicha a destiempo y luego el drama de estar un par de semanas estudiando en casa sin poder ver a tus amigos, no como ahora.

En el recreo nos juntábamos cientos de niños, correteando de un lado a otro como si se tratase de una jungla urbana y aquel comedor donde nos sentábamos a comer, que en nuestra ingenuidad nos hacía sentir como privilegiados de que pudiéramos comer fuera de casa.

Los profesores daban clase como si fueran los líderes y guardianes de aquel régimen franquista que aun coleteaba, encargados de guiar por el buen camino a esta nueva generación y con los que era imposible entablar ningún tipo de camaradería.

Aquellos profesores amansaban con un aire de suprema autoridad cualquier tipo de rebeldía y un halo especial de superioridad les mantenía un escalón por encima de nosotros infundiéndonos un profundo respeto que te creaba una gran ansiedad cuando entraban en clase y te miraban

como sabiendo que no te habías leído el capítulo del libro que te habían mandado leer el día anterior.

Aquello duró varios largos años pero no habíamos triunfado tanto como hubiésemos querido y esperado, es más cuando nos juntábamos con chicos y chicas de algún colegio público de los que nos habían dicho que teníamos que sentir lástima y compasión porque eran menos favorecidos que nosotros, por ser más humildes, nos daban mil vueltas, nos ganaban en los certámenes deportivos entre colegios y la vida parecía tratarles mejor a ellos que a nosotros, pero hacíamos un esfuerzo para no parecer contrariados, ya nos tocará a nosotros ganar pensábamos.

En realidad todo aquello era una ilusión y seguíamos ese camino como por inercia, era el camino del triunfo que nos habían inculcado. Era lo que nos habían enseñado desde siempre y era lo único que teníamos que hacer.

Pasó el tiempo mientras nos hacíamos adolescentes y en uno de estos días vagando por las calles al haberme separado de mis amigos un momento conocí a Moyna.

Ella estaba totalmente loca, andaba de aquí para allá, serpenteando como una culebra por las calles sin rumbo fijo y poniéndose un ligero maquillaje en los ojos, con cuidado de que no se le notara mucho, en esa época en la que todavía era una niña y una mujer a la vez.

Su novio era la quintaesencia de la tontería, no sé donde se conocieron y creo que tampoco tiene importancia donde le había conocido, no sé cómo se fijó en él, pero parecía que algo había, ya que seguía con él, era como si hubiera hecho una promesa a alguna Virgencita de Guadalupe por algún oscuro motivo.

Ella también tenía una finca, como Luz, pero ella en Andalucía, a la que iba con su familia de vez en cuando, en esa época en la que se tardaba en llegar ocho horas contando la obligatoria parada para almorzar en la carretera. La casa que tenían

en el pueblo era la más grande de la comarca y con el tiempo pasó a ser patrimonio nacional por su forma de castillo medieval.

Ella se daba cuenta de que la gente cambiaba de cara tan rápido como el día daba paso a la noche. Pero se encontraba tan a gusto con su rollo, que lo único que quería hacer era irse de juerga en juerga y de fiesta en fiesta con él.

Aunque ella no era una chica del montón, empezaron a salir rumores sobre ella diciendo que era un poco casquivana. Y es que en aquel barrio de aquella ciudad, si te movías en su ambiente nocturno te etiquetaban rápidamente. Eras tratado como alguien que está fuera de los convencionalismos sociales que reinan en los pequeños barrios de las grandes ciudades donde se exageran de sobremanera los más mínimos defectos.

Quizás por eso le dieron un toque a ella en el colegio. La envidia que desataba alguien tan joven viviendo la noche no pasaba desapercibida y a la

pobre le dijeron que lo mejor que podía hacer es que se cambiara de colegio.

Había que reaccionar o aquella etapa de los dieciséis, donde ya empiezan a exigirte obligaciones, podía convertirse en una pesadilla en los meses siguientes.

Los domingos iba con mi familia a comer, mientras mi padre me examinaba de arriba a abajo como si fuese el juez de un tribunal de la santa inquisición y aunque a mis otros hermanos más mayores los trataba con un arrogante desdén y un cierto aire humillante, ante mí mostraba una cierta indulgencia y me decía que yo tenía un gran futuro por delante, que todavía no me daba cuenta de eso, pero que tenía el éxito al alcance de mi mano y que él había trabajado como un cabrón para que no me faltara de nada.

En cuanto acababa aquella comida yo me iba con mis amigos sin importarme una mierda todo.

Ese año dejé los estudios. Y me refugiaba fumando porros con los colegas que me hacían evadir-

me del poco interés que tenía por seguir estudiando.

Las relaciones en aquellos años ochenta eran más caballerescas que las que hay ahora. Había un cierto aire de lealtad, camaradería y caballerosidad. Siempre quedábamos los de siempre, como si algo paranormal nos incitase a saltarnos las normas establecidas sin ninguna causa.

Pero en el fondo pasaban cosas que no se podían controlar, algo que a pesar de la modernidad en la que vivíamos seguían pasando como han pasado las cosas siempre.

Algunos aparecían y otros desaparecían, unos se iban porque la ciudad les engullía y otros desaparecían mientras decían que iban a atreverse a desafiar el mundo y a atravesar las antiguas murallas que delimitaban el contorno de la ciudad conformando una frontera que separaba a la ciudad de su interior y su exterior.

De una manera u otra todos nos conocíamos en ese barrio de aquella vieja ciudad que poco a

poco te engullía si te descuidabas, como si fuese una ciénaga ávida de succionar todo lo que se le acercaba.

Si querías salir de esa penumbra tenías que esforzarte.

La vida en una ciudad de España en los años ochenta era bastante peculiar y a pesar de la templanza que aparentaba, las desconfianzas aparecían esquivas sin querer mostrarse abiertamente, surgiendo por cualquier esquina, como cuando hay una pequeña fuga en un engranaje perfecto.

No era oro todo lo que relucía.

Cuando Moyna cumplió los veintiuno, a los seis años de haber conocido a aquel chaval de barrio, del que nadie sabía ni de donde había salido, ni la oscura razón que la hacía seguir con él y es que el amor a veces se guía por secretos insondables por lo que todavía seguía con él. Y es que no sé dónde tendría instalado el gusto Moyna en esos primeros años de la adolescencia.

En todo caso todo el mundo decía que no pegaban juntos, bueno todos, menos la familia de él y algunos conocidos, que más bien que alegrarse de aquella relación les encantaba que Moyna se jodiese la vida con aquel chaval. La familia de él incluso pensaban que iban a acabar siendo marido y mujer, como si se tratara de algo que iba a cuajar en el futuro, aunque solo fuera por la rutina y por el tanto tiempo que llevaban juntos.

Pero a los seis años Moyna le dejó, a pesar de que era tonto, Moyna tardó seis años en darse cuenta de aquel pequeño detalle de su vida, que le había robado los mejores años de su adolescencia.

Y a los veintiuno pensó que ya todo sólo podía ir para arriba y que todo podía mejorar, pero una vez después de dejarle todo empezó a ir cuesta abajo.

En esa época Luz y Moyna pugnaban por el triunfo, la primera estudiando Historia, mientras se memorizaba todas y cada una de las capitales del mundo, donde preveía viajar rodeada de toda clase de lujos y poniendo especial hincapié

en saberse de memoria todas las capitales de las pequeñas islas del trópico, donde quería pasar el resto de su vida tumbada en sus paradisíacas playas, tomando daiquiris de fresa con la única preocupación de tomar el sol, mientras oía los nuevos éxitos musicales que salían uno tras otro y que a ella le volvían loca y la otra visitando discotecas donde se encargaba de vender copas de garrafón a cambio de una sonrisa.

Había noches en las que las discotecas a las que iba Moyna estaban casi vacías, la gente de la ciudad suele ser austera entre semana y además la gente de aquella ciudad tan convencional tenía que trabajar, no podían seguir el ritmo ocioso que ella seguía, por eso estaban vacías, vacías como su futuro mientras decía a los pocos clientes que aparecían, que aquel día había sido un muermo, pero que volvieran al día siguiente que se iba a celebrar una fiesta.

Luz quería ser arqueóloga y el tiempo que pasaba con sus amigos obviamente no lo dedicaba a estudiar. Ella se planteó hacer un esfuerzo y conseguir lo que anhelaba, aunque también anhela-

ba otras cosas, como seguir con ellos, con sus amigos que parecía que sabían como divertirse.

Ella se complicaba buscando tener su tiempo y su espacio para estudiar y a la par seguir enrollada con sus amigos.

Mientras estaba estudiando se pellizcaba los brazos como una muestra de rabia, preguntándose por qué tenía que estar ella allí sola con su libro mientras todo el mundo se lo estaba pasando bien.

Tienes que esforzarte en estudiar, es tu futuro, le decía la nueva pareja de su madre para parecer amigable. Ella le sonrió cortésmente, como queriendo devolver el favor a su padrastro, como queriendo llenar el hueco que ella sentía.

Su padrastro no prestaba atención a nada que no fuera su mundo, se había casado con su madre después de muchos años de soltería, sus amigos pensaban que se iba a quedar soltero, pero había encontrado a la madre de Luz como una última oportunidad a precio de saldo, donde a ambos ya

no les quedaban muchas oportunidades de encontrar pareja, pero de vez en cuando hacía un esfuerzo por ejercer su papel de padre algo que se le hacía un poco cuesta arriba.

Aunque en el fondo, por lo que las dos pugnaban, ya que no tenían un puto duro, era por llevarse al huerto a alguien que las mantuviese de acorde al nivel social que ostentaban.

Pero peor era mi caso, ya que tenía que trabajar tantas horas diarias que no tenía tiempo para otra cosa y encima lo hacía por poco dinero, por lo que no era interesante para ellas.

Nada era lo que parecía, aunque había un cierto aire de libertad en los años ochenta, bien cierto es que en la ciudad se seguían los convencionalismos que son los cimientos de las ciudades y si en algunos momentos había tanta diversión como podías aguantar, otras veces parecía que estabas en una ciudad anclada en La Edad Media.

La gente que entendía decía que había que entenderlas, que eran buenas chicas. Moyna primero

empezó con las copitas y de ahí paso a cosas más excitantes, que ella creía que controlaba y cuanto más excitante era lo que se metía más se creía que lo controlaba.

En eso se diferenciaba de Luz, ella tenía dos dedos de frente y quería abrirse al mundo a su manera, no como una botella de vino que se descorcha, lo verdaderamente llamativo de Moyna es que su esquizofrenia latente la veía todo el mundo menos ella.

Sin embargo, hay que destacar que ella siempre tuvo la frente alta como correspondía a una señorita y es que lo cortés no quita lo valiente, aunque eso sí dejó un poco de lado las buenas costumbres y hablaba como un camionero cuando se enfadaba.

Moyna tenía en la mirada claro, que iba a triunfar y Luz miraba con un cierto aire de superioridad dándolo también por hecho.

Eran el vivo ejemplo de una generación que por primera vez en la historia de España tenían todo para triunfar.

El futuro que tenían al alcance de sus manos era perfecto, o al menos eso decían los periódicos y los documentales de televisión cuando se referían a esta generación. A ellas les causaba risa las penurias que habían tenido que pasar las generaciones anteriores a la suya, incluso dentro de sus pudientes familias, antes de que hubiese llegado la modernidad y como esa gente tan ignorante no comprendía que la modernidad había llegado en este momento para quedarse.

Se reían de la otrora figura paterna autoritaria, que quedaba un poco ridícula ahora, ya que tal como estaba el mundo podían irse y vivir su vida con total libertad en el mundo de las oportunidades, donde las acogerían con los brazos abiertos en cualquier otro lado.

Poco a poco se estaban haciendo mayores... Y sus sueños eran inmensamente más grandes que la realidad que vivían.

Y yo me había metido a trabajar como un pringado por un sueldo que no estaba mal, pero que estaba un poco por debajo de la media y como un tonto que se había quedado en la edad del pavo, quería que Luz y Moyna se enorgullecieran de mí.

En un alarde de valentía dejé ese trabajo de mierda y me puse a estudiar medicina. Ya en los primeros años diseccionaba aquellos cadáveres que sacábamos de la morgue de la facultad con la habilidad impropia de un neófito y la verdad es que cogía las explicaciones al vuelo, mientras diseccionaba los tejidos y las vísceras, como si hubiese hecho aquello durante toda mi vida, incluso hacía observaciones certeras de como se podrían mejorar algunas curaciones o como mejorar la forma de aplicar un torniquete.

Luz había estudiado Historia y cuando acabó la carrera, se echó novio. Se conocieron en una discoteca, en un momento en el que Luz se había distanciado de sus amigos y andaba a su aire imbuida entre aquellas luces giratorias, que parpa-

deaban al ritmo de la música de aquellos éxitos musicales que salían por doquier, compuestos por elaborados sonidos de sintetizadores, en aquel ambiente donde parecía que esos éxitos nunca iban a dejar de producirse y de superar al anterior, como la banda sonora perfecta que sonaba acorde a aquellos días tan gloriosos.

Ese chico le sonrió de una forma como diciéndola que él se podía comer el mundo con esa sonrisa suya y ella le devolvió la sonrisa. Él la preguntó si estaba sola y ella le contestó, no... con unos amigos, entonces ese chico se fijó en ella como cuando un león ve a un ñu herido, mientras su erección se marcaba en su ceñido pantalón vaquero y para que no se notase mucho aquella erección se puso un poco de lado intentando disimular aquella farragosa situación, mientras se fijaba en aquella dulce chica que le miraba con una atolondrada admiración, como un pichón que acaba de nacer.

De esta forma tan tonta empezó su relación y todo el mundo se dio por enterado.

A los pocos meses se casaron, fue una gran boda en aquella finca a la que yo iba de pequeño, aquel chico parecía que tenía la cabeza bien amueblada, era economista y tenía ansias de comerse el mundo, de poder volar en avioneta dando conferencias y de mantener a Luz como una reina. Se le amontonaban ideas pretenciosas en la cabeza a borbotones y en esos momentos aquel zagal creía que tenía el mundo a sus pies.

La noche era cálida y más de doscientas personas se apiñaban en la terraza de aquella finca en la franja de terreno destinada a la celebración, delimitada por unos maceteros, como queriendo separar la boda del resto del mundo.

Con el novio vinieron acompañándole una cohorte de familiares suyos escandinavos, cuya única virtud era lo bien que vendían su cultura escandinava de la que decían que era muy superior a la española.

Sin ningún pudor mostraban una condescendencia con la pobre Luz, como sintiéndose incómodos de entregar a semejante zagal a la perdición

del amor, aunque Luz fuera un buen partido y es que los suecos se saben hacer los suecos muy bien cuando quieren.

Bebieron y comieron a base de bien y al final de la fiesta un poco chispaos procedieron a bailar desordenadamente estilos de baile escandinavos arrítmicos, como lobos epilépticos, bailes que según explicaban ellos, venían de la tradición vikinga, que a pesar de ser disfuncionales los ejercitaban con una especie de orden propio de una disciplinada marcha militar, mientras la familia de Luz les miraba con cierta sorpresa aunque intentando parecer no contrariada.

La madre del Sr. Svenson, que era como le llamaban al marido de Luz después de haber terminado su doctorado en economía, tenía puesta la mirada fija en él y no podía estar más orgullosa del brillante futuro que le deparaba a su hijo, siendo un prometedor joven que con sus investigaciones iba a arreglar los problemas económicos y sociales. A pesar de que en aquella época los avances económicos eran vertiginosos y se habían solu-

cionado casi todos los problemas económicos primarios.

El hermano de Luz, que era amigo mío, me enseñó el vídeo de la boda y yo en mi ingenuidad no quise saber más, ya que me embriagaba la dulzura de la fiesta vista a través de una cámara y pensé que feliz debería sentirse Luz y que suerte había tenido de no haber acabado con un desgraciado como yo.

Luz había estudiado Historia, entre otras cosas porque no había ninguna carrera más fácil y claro la economía la deslumbraba, como una carrera hecha por alguien que sabía lo que hacía y además le fascinaba el mundo de los bancos y las finanzas y por lo tanto ese chico la podría mantener bien.

A pesar de aquello, aquel no era de los hombres que ella había pensado que le iban a gustar. En otra época hubiera pensado que no era el ideal que había buscado, pero de alguna forma tenía que seguirle, aquel hombre la deslumbraba como el oro puro.

Los padres de Moyna se habían divorciado y su madre guardaba una foto suya en una mesilla del salón. Era de las pocas cosas que guardaba después del divorcio en aquella casa llena de muebles desnudos.

Parecía imposible que ella fuera la bella chica adolescente de la foto, que contrastaba con el aspecto vulgar de aquel novio con el que estuvo seis años. El tiempo había pasado, ya eran muchas las noches que había pasado Moyna entre discotecas y fiestas y aquella belleza no se correspondía con la misma persona que miraba la foto ahora, con cierta añoranza, mientras un escalofrío le recorría la espina dorsal.

Pero Moyna no se podía quedar estancada, la vida tenía que continuar, mientras recordaba a aquel chico epiléptico, que había malvivido prostrado en la cama en el piso de al lado de sus padres y que había muerto cuando ambos tenían veinte años.

Moyna que por aquella época era como un calco de Luz, eligió irse a Estados Unidos con el propósito de imbuirse en otra cultura, pero con la idea de encontrar un pretendiente y mostrar a su familia que había cambiado.

A ambas chicas les atraían los extranjeros, no sé si era a causa de haber tenido alguna mala experiencia con un español.

Su familia le había animado a ir, diciéndola que allí estaba el futuro y que por algo era el país más poderoso del mundo, en cuanto llegó se dio cuenta que aquello sí era el futuro y a los seis días de haber llegado conoció a un prometedor chico de origen francés, hijo de una familia que eran la tercera generación de emigrantes que se habían atrevido a poner el pie en aquel país extranjero.

Y no sé si por respeto a aquel primer familiar suyo, que en cierta manera había sido el fundador de aquella familia, seguían las tradiciones familiares un poco rancias que tenían sus abuelos

antes de que se hubieran marchado de ese pueblecito de Francia a buscarse la vida.

Aquella familia, ahora gracias al sueño americano, se había convertido en una pequeña dinastía dentro de aquel vasto país que les había acogido.

Una de las principales características de aquella familia es que todas las mujeres tenían las tetas muy gordas, algo que se había transmitido de generación en generación a partir de los genes de aquella abuela suya que había hecho sus pinitos en el incipiente negocio del cine erótico francés y Moyna la verdad es que estaba un poco plana en ese sentido, pero la acogieron igual de bien.

Ellos estaban muy orgullosos de aquel ancestro familiar de voluptuosos senos, pionera en esas artes y guardaban fotos en blanco y negro de ella en topless recostada sobre una cómoda, que enseñaban a todos los invitados que pasaban por su casa y también a Moyna con un cierto orgullo.

Hay que recordar que Francia fue la cuna del cine erótico y un país de larga tradición de liberalismo sexual.

Aunque las comparaciones son odiosas, Moyna no se paraba a pensarlo, pero todo el mundo se daba cuenta de que era la heredera de una familia cuya tercera generación anterior había sido prácticamente la dueña de un pueblo, de la extensión del pueblo de sus nuevos suegros.

En seguida se abobó con el sueño americano y quedó prendada de aquella familia norteamericana, que además de vivir en el futuro, seguía las tradiciones familiares confundiendo la tradición y riqueza cultural de su pueblo francés con el sueño americano. A pesar de llevar tanto tiempo en Estados Unidos seguían manteniendo aquellas costumbres después de que sus bisabuelos hubieran tenido que dejar aquel pueblo francés aquejados por las penurias de la época.

Y es que cuando iban al McDonald's de la ciudad, se llevaban su propia tarrina de queso francés para untarlo en la hamburguesa. Y llevaban

unos cinturones gruesos con hebilla cuadrada plateada, un poco al estilo de Astérix y Obélix, costumbre que parecía que no se había extinguido totalmente de los pueblos pequeños de Francia.

Claude era un chico muy espabilado y dibujaba cómics para una editorial de un pueblecito cerca de Michigan, donde una vez hizo una exposición en el ayuntamiento, con sus viñetas clavadas con chinchetas en las desnudas paredes de la recepción del ayuntamiento de aquel pueblecito de la zona de los grandes lagos. Lo que decidió completamente a Moyna a seguirle, ya que ese zagal de ahí podía dar el salto a la fama en cualquier momento y dejarla tirada.

Y es que a Moyna, a pesar de no tener buen gusto ni entender de arte, la deslumbraban los artistas por ese aire bohemio que tenían y a las dos semanas de conocerse la dejó preñada en el asiento trasero de un Cadillac, al más puro estilo americano y una vez que dejó preñada a Moyna ambos decidieron irse a una zona de Honduras limítrofe con la selva, a construirse una casita de

madera donde poder educar a su hijo en la naturaleza.

La casa estaba encima de un árbol, pero en la academia de bellas artes, donde habían dado clases a Claude de como de construir casas con arte, no habían abarcado el proceso de diseñar las instalaciones sanitarias y además era complicado hacer la instalación encima de un árbol y tenían que hacer las necesidades donde pudieran.

Él era un manitas y ella le miraba deslumbrada de como había podido hacer aquella estructura casi de la nada, con unas maderas que encargaba en el pequeño pueblecito que había al lado, donde compraban aquel refresco de guayaba con burbujas y los domingos el periódico para enterarse de como seguía el mundo.

A los seis meses Moyna volvió con su hijo cansada de aquella vida en aquel paraje selvático casi sin contacto humano, que lo que tenía de excitante al principio lo tuvo de aburrido cuanto más iba pasando el tiempo y al final recaló en Ibiza,

donde ella siempre había querido ir a vivir la vida.

Allí conoció a un agitanado escultor del sur de Italia, que vendía tótems de madera en Ibiza. Estas figuras eran del más puro estilo indio, con dibujos de serpientes y animales de cuatro patas, parecidos a los primeros dibujos descubiertos en las grutas donde habían encontrado refugio los primeros homínidos, mezclado todo ello con toda clase de iconografía hippie, en una mezcla, que dejaba como a niños de teta, a los más atrevidos pintores vanguardistas del momento.

Para él eso era volver a sus orígenes. Cuando se le encendía la luz, después de tomarse un ácido y se imaginaba alguna de aquellas figuras monstruosas se tiraba al suelo, mientras los ojos se le quedaban fijos como si tuviera catalepsia.

Los vendía en un mercadillo hippie que parecía un centro comercial al aire libre, donde todo estaba organizado para que lo pudieran visitar los turistas. La modernidad había alejado a los nuevos hippies de aquel halo de misticismo lleno de

privacidad, en cierta forma sectaria, de los primeros hippies que habían fundado esas comunas en los años sesenta. Ahora el movimiento hippie se había convertido en un negocio de finales de los años noventa. Mientras a duras penas intentaban mantener las reminiscencias de un pasado mejor, como manteniendo de la mejor forma posible una hoguera que se iba extinguiendo, ya que la nueva modernidad les había arrollado como si ahora fuesen una cosa del pasado.

Su agitanada nueva pareja sobrevivía en una tienda de campaña en un descampado en el interior de Ibiza, donde tenía una pequeña plantación de marihuana al lado de su tienda de campaña.

Aquella noche iba a haber una superluna, decían los periódicos que aquello pasaba cada cuarenta y tres años y se preparó una fiesta a la que les invitó Tomasa, que era amiga de su amigo escultor.

La fiesta se celebró en un lugar que estaba escondido entre unos pequeños bosques al que se tardaba en llegar veinte minutos en moto.

Allí se encontraron con una veintena de personas, algunos bebían cerveza y otros fumaban porros. Tomasa le dio la mano a Moyna y con la garganta seca por el ácido que se habían tomado se besaron, al rato se juntó el escultor desnudo mirándolas como si hubiese entrado en trance, mientras ambas retozaban en el suelo, aquella experiencia se le quedó grabada a Moyna, mientras la besaba, le acariciaba las tetas mientras que él le metía el pene a su amiga, que tenía los ojos desorbitados mientras Moyna le seguía manoseando las tetas.

Aquello acabó de una manera un tanto extraña, él cogió un virus de esos sexuales que tanto proliferaban por Ibiza y murió a los seis meses después de haber dejado preñada a Moyna de su segundo hijo.

Luz había acabado en una pensión de entregueras mientras era profesora de lengua española de una clase de niños preadolescentes, que no tenían mucho futuro a la vez que tenían menos respeto por los profesores del que había tenido Luz

en su infancia. Además, ella era la única española de un colegio escandinavo de un barrio de trabajadores donde se sentía un poco sola y marginada, sobre todo cuando oía esos murmullos de “Ahí va la española”, Con un tono despectivo, pero ella se hacía la sueca, poniendo la frente alta y es que se había casado con un marido muy inteligente que iba a descubrir nuevas formas de economía aunque ahora estuviese en horas bajas.

Al igual que su marido, malvivía en esa pensión en la que ambos cohabitaban, de la que no salían mucho y donde ella le preparaba té como si fuera un ritual, como si ella siempre hubiese estado destinada para hacer eso, mientras él tenía la mirada perdida en una figurita de cerámica.

Su marido, a veces era como si fuese un niño, se pasaba la mayor parte del día respirando ese ambiente pseudoacadémico de ese colegio del sistema escolar de aquella ciudad escandinava, mientras se rompía la cabeza intentando descifrar los insondables secretos de la economía entre clase y clase a aquel alumnado que no le hacía mucho caso en la otra punta de la ciudad de donde esta-

ba el colegio de su esposa y ella seguía soñando en recorrer el mundo.

Un día cualquiera cansada de la rutina, Luz se confesó con la luna.

Se acordaba de los arroyos desbordados cerca del río de aquel pueblo, junto a la finca de sus padres, donde yo iba de pequeño, donde había celebrado su boda y donde había pasado largas temporadas de su vida y empezó a pensar que esto no era lo que realmente había anhelado.

No sé si comprarme un vestidito, venga va, si un día es un día pensaba, a pesar de que el sueldo de maestra no daba para muchas alegrías y así se ligó a otro profesor de su rancio colegio con el que se fue a pasar un fin de semana a un hotelito de Centroeuropa.

En aquel pueblo centroeuropeo, con aire medieval, ambos sentían que lucían más que los demás, en aquel lugar todos murmuraban que

quiénes serían esa pareja que parecía que todo lo que había en ellos era todo felicidad, pero el dinero se empezó a acabar con tanto derroche y al finalizar aquel fin de semana de vacaciones tuvieron que volver a aquel colegio de Suecia y así se acabó todo, volviendo a su rutina en el colegio.

Aunque al principio Luz sentía que tenía un poco de culpa por aquello, se le fue pasando, poco a poco, se le fue quitando la vergüenza y se le fue pasando la culpa, mientras se echaba miradas cómplices con su nuevo amante sin reparar en disimularlo, en ese lúgubre y rancio colegio, donde a pesar de todo había un liberalismo consentido sobre las relaciones extramatrimoniales.

Como si hubiera atravesado una línea que no se debía traspasar, su conciencia le decía que aquello no se hacía, pero que al Sr. Svenson a lo mejor no le importaría si se enterase, como si aquello de una forma pudiera seguir dando vida a su relación y volver a ser esa máquina bien engrasada que habían sido cuando se habían conocido.

Mientras su marido se dejaba llevar por la melancolía de otros tiempos pasados y mejores. Ese estar y no estar de su marido permitía y dejaba mucho tiempo a Luz para soñar.

Lo que más le jodía a Luz era tener que coger ese autobús amarillo lleno de alumnos gritando a las siete de la mañana que le ponía de los nervios.

Aquella mala educación de esta nueva generación, cuando ella siempre había sido llevada de un sitio para otro por el chófer de su padre antes de que éste muriera y donde todavía había un respeto por las calles, le carcomía por dentro.

Pero el tiempo iba pasando y ambos seguían en aquel piso que parecía una pensión de entreguerras, los dos tenían que trabajar, ya que no encontraron nada mejor a lo que agarrarse. A él por enésima vez le habían rechazado su proyecto sobre la economía en los países turísticos, ni un trabajo mejor, ni una oportunidad más que dar clase en aquellos dos colegios que eran un apeadero del sistema educativo sueco. No había habido ni rastro de una oportunidad mejor.

El Sr. Svenson incluso empezó a maldecir a Luz, a la que consideraba un estorbo que no le había dejado realizarse como Doctor en investigaciones económicas, por lo que Luz decidió dejarle y es que ya no quedaba nada más.

En esa época las dos todavía pugnaban por el triunfo, la primera en una pensión de mierda en medio de un ambiente pseudoacadémico y la otra en un ambiente psicodélico.

Moyna soñaba en no sé qué mientras visitaba las calas de Ibiza buscando la cala perfecta donde encontrar el equilibrio en el que no hubiera ninguna fuerza que tirara de ella, ni la desequilibrara. Y es que ella siempre había sido una equilibrista y lo que le gustaba era caminar por la cuerda floja.

Se juntaba la rebeldía con el sonido de las campanas repicando para la misa de las cinco, se juntaba el hambre con las ganas de comer.

En los veranos Luz volvía a casa de su madre en Madrid, donde ella le cocinaba su comida preferida, que eran almejas con fabes y le preguntaba que tal la vida por ahí, a lo que ella asentía y decía bien, bajando la mirada.

Aquel plato de fabes con almejas con el que le recibía su madre era una receta asturiana que su madre había heredado de su abuela, ya que ambas eran asturianas. A Luz le recordaba las navidades de su adolescencia cuando su madre preparaba ese plato y todos se sentaban en la mesa antes de salir a celebrar las navidades en esas bulliciosas noches de navidad de los años ochenta.

El hermanastro pequeño que tenía de la otra relación de su madre vivía en aquella casa y había traído un amigo preadolescente, Luz al verles se enterneció, pero a la vez eso le hizo sentirse mayor, ¿Qué tal? Le dijo ** entonces y su hermanastro la miró con una cara de pilló como rogándola que le dejara hacer sus cosas. Y Luz se quedó reparando en aquella luz que venía de la lámpara del techo como ida.

Voy a salir, tienes pizza en la nevera, no hace falta que recojas, estás de vacaciones, le dijo su madre como si siguiera siendo su hija pequeña.

Mientras Luz se quedaba en casa viendo los programas de televisión española que habían cambiado, ya no se encargaban de sustentar aquellos valores de los años ochenta, la modernidad había dado paso a valores que ahora eran más convencionales, como si todo se hubiese dado la vuelta con el cambio de siglo.

Los programas de ahora se hacían con un aire de inclusión que resultaba pesado, continuamente ponían el número de mujeres muertas por violencia de género o como tal o cual pareja gay había salido del armario, en tal o cual pueblo de la meseta interior donde habían sufrido mucho durante el tiempo que tuvieron que disimularlo.

Atiborrándose a soledad mientras comía galletas, se acordó de cuando se había fumado aquel primer porro y había llegado a esa misma casa toda colocada, mientras en la televisión ponían un ví-

deoclip de Mecano y como si fuera un acto reflejo sollozó un poco.

Su madre todavía guardaba en el armario aquellos jerséis ochenteros con dibujos aztecas y otros adornos como líneas con trenzas. Los tocó como si palpándolos le confirmaran que habían existido y cerró el cajón.

Se quedó mirando su antigua habitación en estado de shock, con todas aquellas cosas que había amado y que ahora ocupaban los cajones de aquel armario, como si hubiesen caducado, al igual que un yogur que hay que tirar a la basura, ya no eran tan importantes para mí como lo habían sido antes. ¿Estás bien?, le preguntó su padrastro que volvía de cenar con su madre mientras la miraba quieto desde la puerta intentando dar la imagen de un padre, sí, sí le contestó queriendo parecer amable.

Pensó que ellos se darían cuenta de que había cambiado, de que ya no estaba con aquel chico prometedor con el que se iba a comer el mundo, como un secreto que no se podía ocultar y que

atravesaba los poros de su piel, pero le miró con una mueca en forma de sonrisa como asintiendo que estaba bien.

Un día ambas se despertaron y no eran precisamente princesas, aquel futuro prometedor de la adolescencia se había convertido en una pesadilla, como un sueño bañado por el cierzo del invierno que lo cubre todo. ¿A quién le importaría yo?, esa pregunta se les colaba en el pensamiento de cada una como si no hubiese salida.

No así yo, que había triunfado al haber desarrollado algunos avances para la medicina y eso no se podía disimular, son cosas que corren como la pólvora y todo el mundo lo sabía.

Ellas ahora tenían mi nombre puesto en el centro de la frente, como si de un cartel luminoso de una tragaperras de Las Vegas se tratase. Pensaban efervescentemente, como cuando empiezas a tener fiebre, que aquella gente que las había enamorado, no eran tal y como habían pensado; sin embargo yo contra todo pronóstico estaba muy arriba ahora.

Moyna tenía ventaja, ya que me había enamorado de joven, pero Luz se creía con sus derechos sobre mí ya que me había conocido antes. Y lo peor para mí es que Moyna sabía jugar sus cartas como una habilidosa jugadora de poker y aunque estuviera a punto de naufragar siempre tenía una buena mano entre sus manos para jugársela a todo o nada.

Moyna jugaba siempre sus cartas como una habilidosa pitonisa echadora de cartas convenciéndome vez tras vez de que ella era mejor partido que Luz, quizás yo era la única carta que le quedaba por jugar.

En los parajes ocultos de la mente ellas se peleaban como gatas intentando recoger unas sobras que ahora eran necesarias, ya no era el momento de andarse con tonterías.

Moyna y Luz eran la imagen especular de una misma moneda. Tanto la una como la otra eran de familias cuyo linaje se remontaba a muchas generaciones atrás y ambas anhelaban seguir ese

camino de siempre, de ir siempre mejorando lo presente como una dinastía que se va reinventando a sí misma y consolidándose triunfante generación tras generación. Algo que sus familias siempre habían logrado desde antaño y que parecía que ahora entre nosotros tres yo era el único que lo había conseguido.

Parecía que los tiempos modernos habían trastocado y roto aquella racha infinita de suerte que había existido desde siempre en sus familias.

Ellas desengañadas de todo eso se peleaban como gatas por atraer mi atención, como la de alguien del que ahora emanaba un aire de triunfador.

En el vestidor de las tiendas en las que compraban ropa acorde con su poder adquisitivo, más bien normal, como todo hijo de vecino y donde nadie las veía, se peleaban con el mundo como un par de plebeyas pensando en cómo pisar la una a la otra, mientras se probaban vestiditos con el afán de parecer todavía atractivas.

Era la primera generación después de la de sus padres que se reía y pensaba que todo lo que relucía era oro y que su futuro era el más prometedor posible entre todos los posibles, pero ahora de reojo miraban hacia atrás y se quedaban pensando que fuera posible que las generaciones anteriores de sus familias hubiesen sabido vivir mejor.

En realidad todos habíamos acabado en cierta manera de la misma forma, aquello era una ilusión y habíamos seguido ese camino como por inercia, no era el triunfo, nos habían engañado, habíamos seguido ese camino sin cuestionarnos nada de lo que estábamos haciendo, como una partícula que sigue una línea recta indefinidamente mientras ninguna fuerza interfiere con ella.

Y esto pasaba en las más altas instancias, incluso los reyes se casaban con plebeyas dejando de lado todo el mujerío aristocrático en un rincón tachándolas injustamente de aburridas e insulsas a pesar de que estaban mucho más preparadas que sus plebeyas mujeres .

Es como si no hubiésemos escogido la ropa adecuada para el baile de fin de curso, como si nos hubiesen engañado en un acto tan trascendental para nosotros como el baile de fin de curso y nos hubieran metido garrafón en la copa en vez de licor del bueno y empezábamos a descubrir que en la vida había cosas más sencillas que eran más importantes.

Pero en aquellos tiempos era lo normal, era la modernidad, descubrir un nuevo amor donde no tenían porqué interferir las clases sociales. Había que dar paso a costumbres caducas y oprimentes, había que revertir la situación y si había que emborracharse con licor barato bienvenido era.

Ellas a veces pasaban vergüenza cuando iban con algún tipo de acompañantes que desentonaban con la pulcra educación que las habían dado. Pero había que incluir a aquellos**** entre aquellos grupos que había que incluir la inclusión de todo el mundo y no había que marginar a nadie por ninguna razón, a pesar de que lo que les había inculcado su familia era lo contrario, pero

que a ellas ya no les contrariaba el mundo de la inclusión ya que estaban totalmente pues estábamos tan acostumbradas

Ellas ahora sin recordar ni siquiera quienes eran se habían convertido en dos tigresas de la misma especie que pugnaban por un trozo de carne debido a la escasez.

Luz se quedó un poco para allá cuando iba descubriendo, poco a poco, como si de un proceso creado por algún maleficio lento pero inexorable, que las cosas no estaban saliendo como ella pensaba tiempo atrás y después de volver a España y fracasar en un negocio volvió a su puesto de profesora.

Parecía que a su manera se iba a jubilar al contrario de como se jubilan los ingleses que vienen a España a disfrutar del sol. Ella al contrario añoraba Suecia, mientras que la continua neblina de aquel país le hacía difuminar los sueños que no había podido cumplir y se quedaba aletargada por el frío invierno escandinavo.

Era todo al revés no era como los ingleses que vienen a España a jubilarse buscando un nuevo comienzo de su vida, sino que esto era como los españoles que van al norte de Europa buscando el fin.

Nadie sabe porque Luz no rehizo su vida con cualquier ejecutivillo del tres al cuarto, que hubiera dado su brazo derecho por llevarla al altar, pero ella tenia una fijación por aquellos parajes escandinavos que hacían que se olvidara de todo.

Moyna alquiló una casa junto a un descampado, donde nadie hubiera querido vivir, pero lo más curioso es que para ella era la casa de sus sueños y así iba a poder cumplir el sueño de criar a sus hijos en la naturaleza, como ella siempre había querido.

Aunque esto más bien era la naturaleza silvestre, era un apartadero de la vida donde acababan los desviados y es que su padre con el dinero que tenía podía haberla comprado ese pequeño pueblo de Ibiza, para que ella pudiera criar a sus hijos en la naturaleza, pero eso por razones obvias no era

viable ya que no le había salido la hija menesterosa que él hubiese querido.

Adornaba a sus hijos con unos collares con colmillos de lobo, que habían pertenecido al difunto padre de su hijo pequeño, para que las fuerzas de la naturaleza les cuidaran y les guiaran. Además de esos recuerdos guardaba en el garage de su casa unos tótems también de su difunta pareja que pesaban quince kilos cada uno y que ella almacenaba pensando venderlos, cuando se encontrara con un marchante de buen gusto que supiera apreciar aquellas esculturas.

Allí ambos hijos correteaban entre los hierbajos que crecían entre una pilón de piedra de agua para recoger agua de lluvia y regar unas verduras ecológicas.

Así sus hijos fueron creciendo entre aquellos hierbajos, jugueteando con las lagartijas que campaban a sus anchas como si aquella franja de terreno en medio de la nada les perteneciese. Y se emocionaban en aquel destartalado jardín, que parecía una extensión de su propia casa, cuando

descubrían algún trébol de cuatro hojas entre aquellos rastrojos jugando a las canicas con guijarros lejos de la manada de borregos que era como ella calificaba la sociedad tradicional, mientras los mosquitos les llenaban de ronchas su sonrosada piel.

Hasta que un día su madre le habló más en serio a su hijo mayor poniendo una voz grave como indicándole que lo que le iba a contar era importante.

Todas las historias de su vida habían creado una brecha generacional entre ella y su hijo mayor, como si ella estuviese más adelantada que su hijo y quisiera que su hijo fuera más convencional que ella. Ella le había advertido que las drogas eran malas, que aquella mierda de los años ochenta no había tenido sentido y que su madre no quería que su hijo acabase como ella, aunque su hijo mayor no entendía muy bien todo aquello, le daba lástima de su madre por haber vivido aquella vida sin sentido. Pero él era incapaz de comprenderlo, además de ser todavía pequeño no sentía empatía por ella. Él hubiera querido vi-

vir la vida como la había vivido ella pero ella dijo que ni de coña, que él era el único pequeño tesoro que le quedaba en esta vida. Y él en su inocencia comprendió pensó que era otra generación que tenía que vivir su propia vida ***y tenía que vivir su vida aunque no iba a ser él el que tachara a su madre de fracasada

En el fondo Moyna captaba aquello como el fin del trayecto. Como exorcizando a su hijo de su propia culpa para que estuviera a salvo. Tu tienes que estar sano y salvo se repetía mientras se le humedecían los ojos.

Cuando tenía que salir de esa casa para enfrentarse con la vida real había veces que tenía que pedir a su vecino que le ayudara a empujar el coche para que arrancara, mientras recordaba con un aire de tristeza y culpa a la vez, de que su padre tuviera un Rolls Royce de los antiguos.

Al final viendo que podía elegir me decanté por Moyna, tenía donde elegir pero yo prefiero los retos difíciles y también siento debilidad por los débiles, descarriados y enfermos y acabé enta-

blando una conversación con Moyna a través de Facebook en el plano virtual y es que la modernidad había dado paso a esto.

Segunda parte

Moyna

Hacía tiempo que no sabía nada de Isaan. Había vuelto a Madrid, la ciudad que le había visto crecer y caer, después de haber estado un tiempo en un pueblo de Segovia donde había ido a descansar.

Siempre pensé que tenía la cabeza un poco trastocada después de tantas historias y aunque no se podía catalogar de Alzheimer lo que tenía... la verdad es que ya no tenía la cabeza tan ágil como unos años atrás.

Una mañana, al despertarse, le vino una idea, que aunque simple, podía conseguir mejorar los

cálculos de cómo debería mejorar un ser humano.

Aunque no creo que fuera lo más adecuado en su situación, se quería matricular en La Universidad para mayores de cuarenta años.

Nunca creí que fuera una buena idea después de haberse pasado los años de su juventud agarrado a litronas de cerveza, como un náufrago agarrado a una tabla en plena tormenta, aunque no seré yo quien le juzgue.

No sé si vio anunciada en Internet la página de esa Universidad en uno de esos largos tiempos en los que se dedicaba a navegar por la red.

Todo esto lo descubrí en sus redes sociales y es que Internet tiene similitudes con el tercer ojo y eso a mí me da miedo a veces.

Tampoco sé si habría acertado matriculándose en Filosofía y Letras, él siempre se había decantado por las Matemáticas, aunque había estudiado medicina, antes de que su adicción al botellón le

hubiera dejado la cabeza trastocada como a Don Quijote con los molinos de viento.

Supongo que quería completar ese círculo que se le escapó entre las manos como al que le ha quedado una asignatura pendiente.

De todas maneras era él quien tenía que decidir su destino.

De todas, todas, no era el mismo de antes e intentaba dar una imagen de falsa seguridad, mientras que por la espina dorsal le recorría una mezcla de nerviosismo, pánico y emoción.

Empezaba a salir por ahí con un nerviosismo que no tenía nada que ver como cuando salíamos de jóvenes por ahí y para colmo su madre estaba en el hospital moribunda, aquello le hacía estar más nervioso si cabe.

Que su madre se estuviese muriendo era un duro palo, ya que siempre fue su apoyo desde que yo le conozco y sobre todo después de haber caído.

Supongo que la muerte de una madre siempre es triste, yo no lo he vivido, pero su madre iba a dejar a sus hijos sin su protección en un futuro.

Aunque yo que le conozco sé que eso es lo que había anhelado toda su vida.

Pensaba que si se moría podría escapar de ahí, irse a algún sitio donde olvidarse de todo y ni siquiera preguntarse quien era yo. Y es que la muerte de un ser humano a veces arregla la vida de otro ser humano.

Isaan

El segundo o el tercer día que volví a pisar La Universidad me acordé de ella.

Casi se me había borrado de la mente, pero esta frase es un subterfugio, que con el tiempo había creado mi mente, para dar reposo y habituar a mi mente a encontrar reposo, cuando estaba pensando continuamente en alguien y así conseguir desviar la atención para triunfar, además de para hacerme el interesante y subirme la autoestima, a

pesar de que la seguía continuamente por las redes sociales.

Y es que hay cosas que no se pueden ocultar, si es que los rumores atraviesan las paredes más gruesas y más teniendo en cuenta que la gente es muy chismosa. Y es que ella había destrozado su vida, ya de por sí jodida, al tener a su segundo hijo después de que aquel espabilado la dejara preñada.

La mezcla de todo lo que le habían metido en su cabeza con calzador, mezclado con lo que ya llevaba encima, la dejó saturada sin poder desaguar lo sobrante de su cerebro, lo que mezclado con un parto difícil la habían dejado con un aspecto demacrado como un cadáver viviente que malvivía en la penumbra.

La vida es así.

¿Por qué Moyna?, principalmente porque ella influye bastante en el entramado que he creado e ideado, ocupando una posición que desagua

otras cosas menos importantes que me importunan.

Como el agua que gira al desaguar se hace que mi cerebro gire como los planetas alrededor del sol y eso me tranquiliza. Es un poco difícil de explicar, pero es así.

En estos días, al contrario de lo que pueda parecer, creo que mi vida ya iba teniendo sentido.

Hace unos pocos años, me vino una idea para diluir mi pensamiento cuando se quedaba espeso. Con esa idea conseguía optimizar mejor el tiempo de bienestar y aquella idea funcionó.

Luego vinieron otras ideas que también funcionaban, como cuando dejaba disperso mi pensamiento en las musarañas, al igual que los planetas que yacen en la inmensidad de la vía láctea, o como los cometas que nos visitan y que se presentan sin preguntar si importunan, si en el primer caso se me amansaba el alma en el segundo caso conseguía relajar el cuerpo y el espíritu.

Aunque luego se me agriaba el carácter, quizás debido a que no podía mantener todo mi karma en orden y paz si pensaba en ella.

Aunque tengo que decir que no conseguía estados permanentes, como el estado vegetativo de felicidad que yo quería y solo me servían para relajarme momentáneamente.

No sé si estas ideas serán por fin la realización de mi destino, creo que mi alma ya tiene todo el material necesario para sus propósitos. Pero hay que darle la forma necesaria y no sé si habrá otra oportunidad para impresionarla, ya que aunque antes la veía medio accesible, a día de hoy es accesible, pero por lo chungo que es su estado.

Y no sé por qué me fijé en ella cuando parecía algo medio alcanzable, medio inalcanzable.

Cuando la conocí era como las primeras catedrales, que tenían que aunar el gran peso que sustentaban con cierta gracia, ella a la vez tenía que aparentar que tenía un carácter estático y parecer liviana al mismo tiempo, como con una armonía que aunara su grandeza con su solidez.

Como cuando sobre un cuerpo, todas las fuerzas que actúan sobre este cuerpo se anulan y por lo tanto éste se mantiene en reposo.

Eran otros tiempos donde el empaque tenía mucha importancia, ahora la mayoría cuando quiere ir de fiesta se pone un taparrabos como única prenda elegante.

Ella se mantenía en tierra firme porque actuaba una fuerza llamada normal que se oponía frontalmente al peso.

Todos notamos el trasero dolorido cuando estamos sentados largo tiempo en una silla.

Quizás por eso siempre guardé las distancias con ella, como si fuéramos dos calles perpendiculares que forman una esquina, algo así como los primeros hombres que tenían que nadar rápido cuando se metían en el agua por miedo a los caimanes.

Siempre vi que no tenía la cabeza acomodada, pero en el fondo aunque no lo quiera reconocer, yo tenía el mismo problema, mi familia era casi igual a la de ella y eso podía habernos creado vidas parecidas que compartirían los mismos designios.

Como si el tiempo hubiera tejido una especie de miedo entre ambos, siempre he guardado las distancias con ella al milímetro, sin acercarme mucho ni alejarme mucho a causa de esto y a día de hoy sigo guardándolas. Y más desde que ella empezó a ir con esos elementos con pintas de macarras que ella creía que eran su defensa ante el mundo.

Si soy sincero no creo que Moyna se recupere jamás, no soy adivino, pero honestamente es lo que pienso.

Moyna

Algo falla en él y algo falla en mí. Los dos nos usamos como unos pañuelos para sacarnos los mocos con una confianza que da asco.

Quizás él no se había drogado con drogas tan duras como yo. A la gente con la que yo me juntaba les importaba una mierda todo. Esa gente siempre había querido ir al límite conmigo sin valorarme.

Él siempre se había alejado de ese juego que le daba asco, cuando iba con esa gente conseguía abotargarle como un recipiente a punto de estallar, sin embargo, había probado la droga más dura que hay y que fue enamorarse de mí.

No lo sé a ciencia cierta si fue así, ya que él nunca me lo demostró; pero tengo muchos indicios de que fue así y si fue así ya hubo perdido todo el crédito, puesto que nadie valora algo que se puede obtener fácilmente y ese era mi caso, yo solo pretendo conseguir cosas que sean difíciles.

Cuando éramos jóvenes veía su silueta a la luz de la luna y tenía muchas ganas de abrazarle, pero a la vez sentía miedo y nunca me atreví a dar ese paso.

Lo que nuestras vidas eran paralelas debía ser verdad y creo que voy a empezar a tratarme con un terapeuta.

No sé si habría sido una buena idea, pero me hubiera gustado que hubiésemos acudido ambos a la vez al terapeuta, para que nos diagnosticara el mal que ambos compartimos o quizás el terapeuta hubiera dicho que lo que nos ocurre es algo normal.

Quizás así me quedaría más tranquila.

No sé si tengo la cabeza tan mal como la tuvo él hace tiempo. Pero tengo que reconocer que me asustan estos caminos por donde me ha llevado la vida.

Nunca pensé que iba a necesitar a un terapeuta, pero no tengo otra opción y es que a veces me siento bloqueada.

No sé por qué tengo que acabar como cuando él empezó a diluirse tiempo atrás.

Isaan

No sé por qué Moyna va a un terapeuta si lo nuestro es normal, son decisiones del destino a las que tenemos que atenernos.

Yo fui a un terapeuta en su día, que no tenía ni idea, tenía que aguantar sus decisiones como un costalero que aguanta el paso procesional de La Semana Santa sobre sus hombros.

Se creía en la posesión de la verdad absoluta sin saber como sueñan los de la siguiente generación a la suya y lo aderezaba con frases huecas como: "Si lo hago por tu bien".

No paraba de decir gilipolleces mientras yo me debatía entre la vida y la muerte.

Serranillos del Valle le llamaban sus colegas, mientras él se las daba de terapeuta de éxito.

Aquel personaje no había permitido desarrollarme con su obsesión de controlar la vida de los

demás. Y probablemente a Moyna le pasará lo mismo aunque los tiempos hayan cambiado.

El terapeuta de los cojones no había sabido sacarme del hoyo, sino que me había enterrado en vida, además de haberme robado los mejores años de mi vida.

No le aguantaba y bendito el día en que deje de verle.

Normalmente, cuando hablamos de llevar a cabo una acción de aproximación me lleva a pensar que los dos pensamos lo mismo. Sin embargo, es crucial saber cuáles son las diferencias entre nosotros dos, ya que cuando se juntan dos mundos hay fricciones, sino que se lo pregunten a los dinosaurios cuando les cayó un meteorito de otro mundo encima de sus cabezas.

Quizás ella nunca quiso saber nada de mí o simplemente fue una historia que pasó por mi vida como tantas otras. Ni yo me lancé al vacío antes con ella ni ella se lanza al vacío conmigo ahora.

Las cosas no se retienen, son como el agua de un río que sigue su cauce y se evaporan si no se lucha por ellas.

Pero aunque fuera como un experimento que hay que hacer, al menos una vez en la vida, me gustaría verla en persona. No como a través de la ventana cuando me asomo para ver a la gente que pasa por la calle ajenos a mi presencia.

Por lo que las esquinas que hay entre cuando estamos entre el gentío y la soledad, se convierten en un elemento intermedio, que se adapta perfectamente a nuestros propósitos.

Como cuando nos relacionamos y divertimos estando con la gente con la que nos llevamos bien y aprovechamos la ocasión para juntarnos a jugar al corro de la patata un montón de gente.

Pero una vez que el gentío se convierte en algarabía, me asusto y siento la necesidad de volver a estar solo, mientras me pierdo explorando los recovecos de la soledad, pudiendo observar sin ser visto.

Y es que vivimos en un mundo de suposiciones, ella suponiendo cosas de mí y yo de ella, sin proponernos vernos cara a cara después de tanto tiempo.

Los sueños los fabricamos a través de las vivencias de nuestro paso por la vida y tanto ella como yo pensamos de vez en cuando el uno en el otro. Y lo que quiero saber es como tejemos esos sueños teniéndola frente a frente y si lo consigo no se le escapará ningún detalle a mi vista.

Moyna

Me encuentro dolorida. No sé por qué nuestros cuerpos siempre están sometidos continuamente a fuerzas salvajes, que nos golpean por todos lados y que nos dejan sin sentido.

Estos fenómenos entran dentro de la consideración de los efectos que crean las notas musicales cuando van golpeando la caja de resonancia de una guitarra, donde al cabo de un rato vamos notando la melodía y nos vamos acomodando a ella.

Cuando estamos frente a frente, la fuerza de uno u otro se impone por azares del destino, unas veces la de uno y otras la del otro. Y cuando ya se impone una, sea cual sea, o sea una vez acabados los primeros efectos transitorios y desconcertantes, conseguimos que nuestro cuerpo oscile cerca de su frecuencia natural, como cuando tocamos una partitura bajo el control del director de orquesta.

Y yo si le vuelvo a ver se lo voy a explicar así.

En realidad lo que le voy a contar está íntimamente ligado a la fuerza de la atracción, esta es una fuerza a distancia, lo que quiere decir que uno puede atraer a otro, aunque no haya nada aparentemente que nos una y a nosotros no nos une nada.

Aunque siempre le daba mucha importancia a estas cosas, que hasta me quitaban las ganas de comer, ahora creo que no tienen la mayor importancia.

No sé que pasaría si me lo encontrara otra vez por la calle, si agudizaríamos esta agonía o si nos curaríamos de este mal los dos.

Hace ya tanto tiempo que no sé de él, que no sé si me alegraría de verle o me arrepentiría, quizás lo que él no sabe es que yo le echo la culpa de todos mis males.

A estas alturas de la vida no sé si le conocí de verdad o fue un sueño que se convirtió en realidad cuando me desperté... Me gustaría verle a través de un agujero para saber en qué mundo vivo y a que atenerme.

Más vale eso que nada y prefiero refugiarme en este medio sueño, medio realidad, para olvidar la asquerosa vida que llevo ahora, donde toda esta mierda me apesadumbra y me inutiliza dando paso a la desesperanza. Como cuando se oxida una máquina que no se utiliza o que se utiliza poco.

Isaan

Hay que tener cuidado, ya que con que cambie-
mos un poquito las fichas de lugar, en este juego
al que jugamos, todo se convertiría en un movi-
miento caótico sin sentido y ni siquiera sabría-
mos por qué lo habíamos empezado. Si eso no
pasara, a lo mejor, todo esto se estabilizaría.

Creo que Einstein dijo algo parecido.

Aunque creo que ambas cosas ya han pasado,
aunque no nos hayamos dado cuenta.

No paro de darle vueltas a la cabeza sobre la idea
de volver a verla. Si la llamo y nos encontramos,
no sé si iría directo a verla o si pasaría por el lu-
gar del hipotético encuentro escondido entre la
gente, solo por la curiosidad de verla sin ser vis-
to.

Y para llevar a cabo eso habría que elaborar un
plan y para llevarlo a cabo, además de pensarlo
habría que hacerlo y a mí me da que no funcio-
naría, de hecho a mí no me ha funcionado nin-
gún plan y creo que a ella tampoco.

La verdad es que volver a encontrármela no me causa ansiedad, pero cuando me imagino estar allí buscándola con la vista entre la gente, me envuelve la misma sensación de cuando pierdes la visión de tu hijo en un supermercado lleno de gente. Y empiezas a sentir la inquietud de preguntarte si te lo han robado. Entonces... si empiezas a llorar, ese momento es el punto más bajo hasta donde puedes llegar, de ahí no se puede bajar más, aunque quisieras, es un tope que existe como existen el sol y los planetas.

Como si estuviese leyendo los pensamientos de ambos me decidí a llamarla, el no ya lo tenía y además la intuición me decía que aceptaría.

Antes cuando hablaba con ella se distorsionaba el tiempo en mi cabeza, a veces era de día y al hablar con ella me daba cuenta de que era de noche. Y ahora me pasa lo mismo, al día siguiente, no podía recordar en que parte del día había hablado con ella.

Como si la luna se hubiese alineado otra vez como cuando éramos felices, Moyna me dijo que sí.

Hablé con ella como lo hacíamos antes a veces.

No sé si acicalarme para impresionarla, pero seguramente no la impresionaría así, ¡qué tonto soy!, no es una cita a ciegas con alguien a quien quieres impresionar, si ella me conoce más de lo que yo me imagino.

Cuando quedamos me vino a la cabeza una idea y le dije medio en broma: ¿cómo sería un libro donde saliéramos los dos?.

Aquello le provocó la risa, era tan divertido haberse reencontrado y estaba tan a gusto allí que no encontraba el momento de irme.

En ese momento me di cuenta de que no tenía más que decirle. De pronto un bloqueo enfermizo se adueñó de mi cuerpo y la toqué en el hombro como un acto reflejo, intentando volver a centrarme en la conversación.

Ella me echó una mirada sorprendida y me di cuenta de que era hora de marcharme.

Bueno, creo que es un poco tarde le dije sacando las fuerzas que me quedaban e intentando vencer la somnolencia que producía el vino y este encuentro tan ridículo.

Moyna

Me tengo que ir yo también, a ver si nos volvemos a ver, yo vuelvo a mis raíces, no te preocupes si no nos vemos, ahora vamos a estar en dos ciudades diferentes.

Isaan

Y la verdad es que no me preocupé mucho, era mejor estar en dos ciudades diferentes unidos por algo, que estar en dos mundos diferentes como habíamos estado hasta ahora.

Moyna

Esa misma noche, cuando hablé con mi madre, me dijo de una forma autoritaria, como si fuese una empleada suya, que no quería que volviese a

ver a ese chico en mi vida, a pesar de mi avanzada edad.

Por mi experiencia es probable que algunos de mis conocidos comprendan lo que es echar a alguien de tu vida de vez en cuando, pero si encima le pones excusas como que mi madre fue la que me lo ha mandado, le vas a aburrir y lo que pretendo es quedar bien con toda la gente desde un conocido hasta el portero de la finca donde vivo.

Menos en todo caso con él.

Y aunque parezca que estos aspectos no tienen importancia es necesario explicárselos a las gentes que me siguen en sociedad, desde unos conceptos claros que les permitan una visualización clara de la idea y es que no se deben perder las buenas costumbres.

Isaan

Cuando la llamé al día siguiente y no contestó, supe que había albergado falsas esperanzas.

Quizás le tenía que dar las gracias por aquella suerte que estaba teniendo y es que a pesar de todo, parece que cuando se cierra una puerta se abre otra y después otra, pero olvidar así como así a Moyna no era tan fácil.

Y todo fue por culpa de su santa madre.

Moyna

Tenía que tener cuidado con mis pensamientos, quizás mi madre tenía razón y hay algo peligroso en Isaan de lo que yo no soy capaz de darme cuenta.

Quizás una vida metódica sin sobresaltos es lo que me haga retomar las riendas de mi vida.

No sé qué habrá sido de Isaan espero no haberle hecho daño; sin embargo, ni yo misma sé por qué hago tanto caso a mi madre, si la vida es tan divertida cuando de vez en cuando hacemos locuras.

Isaan

Solía ir a la cafetería del aeropuerto a tomarme el último café con mi amigo Admad y es que a mí, a diferencia de la gente normal, me relaja tomar un café antes de ir a dormirme.

¿Qué te pasa?, me dijo Admad, ¿no sé lo que te habrá pasado?, pero a mí me han hecho de todo y he llegado a la conclusión que no merece la pena preocuparse por nada. De hecho, yo vine aquí sin nada, dejando todo atrás.

Intentando cumplir los deseos de mi último encuentro con Moyna, me propuse escribir el libro detallando los lugares donde habíamos vivido tiempo atrás, al principio muy emocionado, como un alquimista de palabras que salían a borbotones, pero luego eso fue dando paso poco a poco a una cierta desgana, aunque cada vez con más sosiego.

Me preocupaba de escribir fielmente aquellas vivencias, mientras las entremezclaba con los pensamientos que habíamos tenido, cuando ambos éramos casi uno solo.

Hacía un esfuerzo por plasmar esos recuerdos que me había prometido, que nunca se me olvidarían... pero que el paso del tiempo se empeñaba en difuminarlos, como el óxido que corroe la pintura que tanto nos costó pintar y a la que habíamos dado un toque final de barniz con el propósito de que perdurara en el tiempo.

Y le tuve que contar a Admad que de vez en cuando necesitaba verla. Ella era la droga más fuerte que había probado en mi vida.

Admad

Yo te llevaré a verla si es eso lo que deseas y Yari nos acompañará, ¡Verás como todo sale bien!

En el viaje casi meto la pata empezando a discutir con Yari, casi consigo que dejara el viaje y se volviera a su casa, poniendo en peligro el encuentro de Isaan con Moyna y es que Yari y yo teníamos carácter.

Quizás el amor entre Yari y yo sea más real que el de él con Moyna. El nuestro se basa en hechos

reales y el de ellos se compone de sueños que van y vienen.

Isaan

Admad consiguió que nos reuniéramos para darle el libro y es que Admad conseguía todo, si querías un camello de los de verdad, no de los otros, para dar un paseo a las doce del mediodía él te lo conseguía.

Al entregarle el libro y volver a verla supe que le había gustado la idea de reencontrarnos... El libro no sé si le gustaría o no, ¿a quién se le ocurre escribir un libro en estos tiempos?, quizás solamente a Shakespeare si se hubiera reencarnado

La verdad es que lo flipé con el libro, no sé si lo soñé, pero ahora tengo el libro para refrescarme la cabeza de como había sido ese sueño y si el sueño había sido realidad mejor todavía.

Admad era un hombre pragmático ajeno a estos sentimientos y todavía quedaba algo de tensión

en el encuentro, pero Yari contribuyó a suavizar la situación y es que hay un sexto sentido que solo tienen las mujeres para estos casos.

Admad

No sé que les pasa a estos dos, no comprendo nada, estaban allí el uno delante del otro sin romper su historia y a la vez sin decidirse a dar ningún tipo de paso, esperando que el paso del tiempo arreglara aquello de una forma milagrosa.

Isaan

Y ahí dejamos paso a la locura y a la desesperanza que conllevaba este delirio con forma de sueño que se había adueñado de nosotros de una forma macabra. Ni me preocupaba el destino, ni el suyo, ni el mío. Habíamos acabado mal, como la locura había intentado acabar con nosotros. No me preocupaba no haberla conseguido, sino que era mayor la satisfacción de haber superado todo esto y no haber sucumbido, ni haberme di-

luido en esta locura y aún quedaba tiempo para olvidarnos de todo.